

DOMINACION POR “COOPERACION”

Una visión sobre la transferencia de tecnología y la información

“La tecnología es como el material genético—está codificado con las características de la sociedad que lo desarrolló, y trata de reproducir esa sociedad”. Bruno Wambi es bibliotecólogo jefe de la biblioteca central de la Universidad Marien Ngouabi en Brazzaville, Congo, y presidente de la Asociación Congoleza para el Desarrollo de Bibliotecas Documentos de Archivo (ACDBA). En este comentario, él sostiene que las culturas del Tercer Mundo son víctimas de la transferencia de tecnología occidental, en nombre del desarrollo. Él considera que la cooperación norte-sur es aún importante, aunque sólo en la medida que ayude, no obstaculice, el progreso de los países del sur de acuerdo con su propio sentido de desarrollo.

BRUNO WAMBI

Independientemente del lugar donde se esté, las bibliotecas son herramientas de progreso social, cultural y económico — elementos integrales del plan de desarrollo de un país. Y hacer bibliotecología, es ocuparse de la investigación y la tecnología. Por estas razones, los vínculos cooperativos entre las bibliotecas del norte y las del sur se han establecido dentro del marco de los programas de asistencia para el desarrollo.

En la práctica, desafortunadamente, la euforia general desapareció después de las dos primeras décadas de desarrollo. La razón es que los problemas de las masas generales no se han resuelto en todos los países del sur. El desencanto ha reemplazado las ilusiones que marcaron el comienzo de la cooperación. Peor aún, la brecha entre los países pudientes y los no pudientes se ha ampliado, y la solvencia de los países desarrollados se ha alimentado de la pobreza de los subdesarrollados. Como resultado, cuando se trata de modelos importados de desarrollo, los países del sur son hostiles hacia los países donantes y desconfían de ellos. Esta desilusión, según Jacques Bang en su libro *¿Quelle voie de développement pour l'Afrique?* (¿Qué camino de desarrollo para el África?), ha llevado a las naciones del Tercer Mundo a reconcentrarse y a preocuparse más por sí mismas.

Noventa por ciento de nuestras gentes tienen que vivir en silencio porque no hablan la lengua de la tecnología y del progreso. Su silencio es político, técnico e ideológico. El 10 por ciento restante cree que éste es el estado lógico de las cosas. ¿Cuál es entonces la condición básica para el desarrollo?

No voy a retomar las teorías que la práctica ha relegado a la basura de la historia—teorías como la universalidad de la ciencia, la neutralidad de la ciencia y la premisa de que la ciencia es la verdad. La ciencia, desde luego, no es universal, ni neutral, ni sinónimo de absoluta verdad. Estos rótulos le fueron colocados a la ciencia para poder usarla en ese gran plan expansionista por el cual el título de “ser humano” se le niega a los otros seres humanos del planeta.

Decirle al Tercer Mundo que la ciencia es neutral es lo mismo que decirle de una vez por todas que ya se han hecho todas las preguntas. Es decirle que para resolver los problemas, todo lo que ellos y las futuras generaciones tienen que hacer es escharbar entre las soluciones científicas inventadas en y para los países del norte.

La pregunta es si todas las sociedades deben pasar por este proceso así llamado de desarrollo. En otras palabras, si es realmente deseable que todo el mundo, se convierta en una civilización industrial. ¿Por qué no tenemos el derecho o, me atrevo a decir, el deber de seguir nuestro propio camino e incluso de distinguir entre ciencia y progreso, desarrollo y occidentalización—conceptos que han sido intencionalmente ligados. ¿Somos verdaderamente incapaces de escapar al perpetuo impulso humano de dominar mediante el poder del intelecto?

Para construir una economía coherente, orientada hacia el desarrollo, debemos confiar en el trabajo de los etnólogos que pueden

describir tanto las sociedades industriales como las tradicionales. La lógica occidental, basada en el conocimiento objetivo y esencialmente materialista, se opone totalmente a la forma mítica de pensar de las sociedades no industriales.

El costo psicológico de la enorme modernización. Las tecnologías avanzadas que se importan al Tercer Mundo sin ningún cuestionamiento, pueden hacer más mal que bien. ¿Por qué?

Para comenzar, la tecnología occidental es diseñada a la luz de recursos existentes en los países ricos: capital financiero, mano de obra especializada, materias primas, energía y demás. Por tanto, no resulta directamente transferible a países pobres donde hay escasez de dinero y energía y abundancia de mano de obra. Los intereses sociales, económicos y culturales del Tercer Mundo son a menudo contrarios a los de las naciones ricas.

En segundo lugar, cuando una fábrica “lista para funcionar” se vende a un país en desarrollo, lo más probable es que sea instalada y cree empleos en un área urbana, en vez de un área rural donde hay la mayor necesidad y el peso de la pobreza es más oneroso.

Finalmente, las grandes industrias extranjeras contratan sus administradores y técnicos entre el 5 ó 10 por ciento de la población que constituye la élite local. Y este mismo grupo que termina cosechando los beneficios de sus actividades. Así, la vasta mayoría de la población es ignorada y nunca se beneficiará de la nueva industria de alta tecnología en su área.

Es evidente que el modelo de industrialización adoptado por la mayoría de los países en desarrollo

solo ha aumentado la brecha entre ricos y pobres, y casi siempre refuerza el cisma social por el cual el 5 ó 10 por ciento de la gente conforma la élite—industriales, burócratas, médicos, ingenieros, técnicos y demás—y muy atrás viene el otro 90 ó 95 por ciento de la población, los campesinos pobres, la mitad de los cuales vive por debajo del umbral de la pobreza.

La tecnología es como el material genético—está codificado con las características de la sociedad que lo desarrolló, y trata de reproducir esa sociedad si el ambiente económico, social y político es compatible y maleable. En breve, las sociedades capitalistas y elitistas que exportan la tecnología, reproducirán estructuras capitalistas y elitistas en los países importadores.

Para comprender este fenómeno, sencillamente hay que mirar los mecanismos de transferencia tecnológica: provisión masiva de capital o de ayuda financiera por los países exportadores; transferencia de conocimiento mediante expertos técnicos; y capacitación de aprendices de los países en desarrollo en los países industrializados. Aun si la inyección de capital extranjero no modifica directamente la estructura social del país importador, ésta llega, sin embargo con implicaciones políticas agregadas.

La presencia de expertos del mundo industrializado contribuye a transferir valores occidentales a los países del Tercer Mundo. Superiores científica y técnicamente, los expertos extranjeros establecen laboratorios, sitios de trabajo y centros de investigación similares a los de su país. Y como a los ojos de sus contrapartes del Tercer Mundo, estos extranjeros son fuente de conocimiento, se convierten en modelos que deben ser emulados. Se

copia su estilo de vida y su manera de pensar, en claro detrimento de los valores socioculturales propios. La transferencia de una tecnología extranjera, entonces, promueve automáticamente la transferencia de la cultura extranjera que inventó la tecnología.

Finalmente, la capacitación de técnicos e ingenieros en los países industrializados promueve también la introducción de estructuras occidentales. Para los estudiantes es difícil evitar ser influidos por el estilo de vida del país donde estudian. Cuando ellos regresan a casa, se convierten, necesariamente, en parte de la élite, ese selecto grupo que lleva el estilo de vida que mejor lo puede perpetuar en su posición privilegiada.

No importa qué tan buena intención tengan los promotores de la asistencia técnica, es impensable que el Tercer Mundo pueda reunir todos los recursos financieros, humanos y materiales que la empresa tecnológica demanda. A los países industrializados les tomó siglos construir tales recursos. Los programas más grandes y vergonzosos de deshumanización de la humanidad han tenido siempre rótulos nobles—tales como “el deber de civilizar”, “ayuda para el desarrollo”, “asistencia técnica”, y “nuevo orden humanitario”.

Si el Tercer Mundo no puede sostener una identidad prestada, entonces no tendrá otra alternativa que rechazar el progreso. Su felicidad depende de su decisión. El tiene que decidir sobre su propia cultura, goce, sueños, esperanzas, identidad — su propio futuro.

Dicho esto, debemos reconocer nuestro deber de mostrar que la ciencia no es más universal que la multitud de técnicas y tecnologías

que la componen. Debemos, entonces, escoger aquellas tecnologías que ayudan a la humanidad a reconciliarse con la naturaleza en vez de dominarla, y que nos ayudan a evitar los hábitos de despilfarro que la sociedad de consumo nos ha impuesto.

Nosotros, en el sur, tenemos el potencial de construir una alternativa a este carnívoro llamado ciencia que devora la naturaleza y se alimenta de la gente y de la vida. Nosotros tenemos el potencial de crear nuevas formas de pensar y de actuar, formas inteligentes y humanas. En nuestras manos y en nuestras cabezas sostenemos las mejores posibilidades de sobrevivencia de la humanidad.

Por ello, me gustaría gritar a los investigadores, a los técnicos, a los ingenieros del Tercer Mundo: “Amigos, es su turno. ¡Diseñen máquinas que nos sirvan en los trópicos!” Me gustaría dirigirme a mis colegas del norte que trabajan con la información científica y técnica—los bibliotecarios, los archivadores, los documentalistas y los consultores que son el principal canal de la ayuda para el desarrollo en el área de la documentación. Les diría que nosotros en el sur estamos convencidos de que no es posible por más tiempo desarrollarnos de acuerdo con los modelos de los países del occidente o del oriente.

Nuestra experiencia no nos permite confundir cooperación con subordinación, intercambios bilaterales con intercambios desiguales. Nuestras bibliotecas públicas tienen, por tanto, un papel importante que cumplir si nosotros podemos liberarlas de los marcos importados bajo los cuales operan y hacerlas más sensibles a las necesidades de las poblaciones locales. Ellas necesitan usar los recursos disponibles para

crear estructuras y herramientas apropiadas.

Hay que capacitar nuevos bibliotecarios para hacer frente a las necesidades de los países jóvenes del Tercer Mundo, para compilar información pertinente a sus intereses. Ellos deben poder alfabetizar y preparar los libros básicos de lectura. Ellos deben poder desarrollar material audiovisual sobre tradiciones orales. Ellos deben poder escribir para los niños y los adultos y hacer lecturas en las bibliotecas y salones públicos.

En cuanto a nuestras bibliotecas estudiantiles, ellas deben jugar el mismo papel que sus contrapartes en Europa y Norteamérica. Me refiero a las bibliotecas universitarias de investigación, a las bibliotecas científicas y técnicas especializadas. Nuestros académicos y personal técnico necesitan la misma información que sus contrapartes en el mundo

mundo. Lo que es esencial, no obstante, es que aseguremos que las nuevas tecnologías se adapten a las necesidades y medios de nuestros países, permitiendo que el desarrollo ocurra desde dentro. Debemos asegurar que la transferencia de tecnología al Tercer Mundo no esté vinculada a la creación de mercados de exportación para las compañías multinacionales.

No hay nada más desconsolador que ver cementerios de máquinas descompuestas esperando los repuestos o la reparación por técnicos extranjeros. Y cuando un equipo se descompone cada semana porque no está adaptado al Tercer Mundo, resulta doloroso tener que llamar a expertos de la compañía con la que se nos ha obligado a firmar un contrato de servicio.

Por tanto, queridos colegas y socios del norte, si ustedes de veras quieren ayudarnos, entréguennos los

“Amigos, es su turno. ¡Diseñen máquinas que nos sirvan en los trópicos!”

industrializado. Después de todo, la ciencia y la tecnología trascienden todo límite geográfico. Por esta razón, las nuevas tecnologías son de gran interés para nosotros. No queremos continuar usando información desactualizada; queremos acceso a las últimas fuentes de información de manera que nuestros investigadores estén a tono con el resto del

medios para el autodesarrollo. Tengan siempre en cuenta nuestras circunstancias y necesidades particulares, y, por favor, no nos impongan sus soluciones. Este es el precio de una cooperación armoniosa entre las bibliotecas del mundo industrializado y las del Tercer Mundo.